

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2018.

El caso Gide y el fracaso del ideal del yo en la perversión.

Otero, Tomas.

Cita:

Otero, Tomas (2018). *El caso Gide y el fracaso del ideal del yo en la perversión. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/502>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/fEE>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CASO GIDE Y EL FRACASO DEL IDEAL DEL YO EN LA PERVERSIÓN

Otero, Tomas

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo propongo interrogar el caso de André Gide a la luz de las elaboraciones de Jacques Lacan a la altura del Seminario 5 (1957-58) sobre la perversión en los tres tiempos del Edipo, poniendo en cuestión la lectura que reduce a la perversión a la identificación al falo en el primer tiempo para pensarla en función de un impasse en el tercer tiempo que conduce a la constitución del Ideal del yo como instancia simbólica, y cuyo fracaso tiene como consecuencia más notable la prevalencia de lo imaginario a la que quedan suspendidas las relaciones con el Ideal, los objetos del deseo y la construcción de la realidad en este tipo clínico.

Palabras clave

Gide - Perversión - Falo - Ideal del yo

ABSTRACT

THE GIDE CASE AND THE FAILURE OF THE EGO IDEAL IN PERVERSION
In the present work I propose to examine the André Gide's case considering the elaborations of Jacques Lacan at the Seminar V (1957-58) on perversion in the three times of Oedipus, questioning the reading that reduces perversion to identification with the phallus in the first time to think it in terms of an impasse in the third time that leads to the constitution of the Ideal ego as a symbolic instance, and whose failure has as its more remarkable consequence the prevalence of the imaginary at which are suspended the relations with the Ideal, the objects of desire and the construction of reality in this clinical type.

Keywords

Gide - Perversion - Phallus - Ego ideal

Lacan habla de la perversión de André Gide en el *Seminario 5*, en un contexto donde lo que viene introduciendo es la incidencia mortífera, no del deseo de la madre, tantas veces ilustrado con las fauces del cocodrilo, sino de la ausencia de este mismo deseo sobre el niño, o en otras palabras la incidencia negativa del deseo materno (Cf. Lacan 1966 [58]), 734). Nos dice Lacan en el preámbulo al comentario sobre Gide: "Es la experiencia lo que nos ha enseñado las consecuencias en cascada, la desestructuración casi infinita que resulta para un sujeto del hecho, anterior a su nacimiento, de haber sido un niño no deseado" (Lacan 1957-58, 265).

La interpretación del deseo enigmático de la madre, que lleva por premisa la función paterna, es lo que le da al sujeto su primer estatuto ontológico, es decir la experiencia de *ser* el falo de la Madre, cuyo deseo, nos recuerda Lacan, no se puede saciar, mas sólo engañar, pero que, como vemos, es crucial para que dicha experiencia

de *ser* pueda advenir. En forma correlativa, se establece la constitución del cuerpo como unidad imaginaria que es solidaria al *moi*, cierta regulación del goce autoerótico y de las relaciones con los semejantes bajo la función del falo.

En este sentido el caso Gide sale al paso como un contraargumento a poner en cuestión la tesis que el mismo Lacan viene sosteniendo desde el *Seminario 4* respecto a la identificación al falo en la perversión. Me interesa entonces precisar a qué responde esta perversión particular como autotratamiento de una subjetividad a punto de ser arrasada por la ausencia de dicho deseo.

Entonces, ¿qué ocurre cuando la función del deseo de la madre se ha escamoteado en la constitución subjetiva del niño?, ¿qué efectos se desprenden? y ¿es posible operar algún orden de restitución cuando está ausente una función tan primordial? Si hay algo que el caso de Gide nos enseña, es que las funciones edípicas primordiales no están dadas de una vez y para siempre en los primeros años del a infancia, sino que su operación e incidencia pueden alcanzar, al menos, hasta los primeros años de la pubertad. El caso Gide nos enseña también de modo ejemplar sobre lo contingente de los encuentros que dejan ciertas marcas esenciales en la subjetividad que pueden venir a cambiar las agujas del destino.

A partir de los infortunios del "niño desgraciado" que recoge de la patografía que había dejado en sus manos Jean Delay bajo el título de *La juventud de Gide*, Lacan se dedica a explorar los problemas antes planteados en torno a la constitución de esta subjetividad.

El dolor de existir

Tal como lo precisa en el *Seminario 5*, el niño Gide estaba entregado en su autoerotismo, a las imágenes más fragmentadas e inconstituídas, pues "conseguía el orgasmo en su identificación con situaciones catastróficas" (Lacan 1957-58, 266). Gide nos dice en su autobiografía *Si la semilla no muere* (1924), repasando los temas que eran fuente de excitación sexual, que la idea de destrucción le era muy vecina, bajo la forma, por ejemplo, de un juguete amado que se deterioraba: "yo también tenía soldados de plomo, yo también jugaba con ellos, pero mi juego consistía en fundirlos" (Gide 1924, 105). Y luego una pieza sublime que nos entrega el autor para describir su infancia: "pero para decir hasta qué punto el instinto de un niño puede errar quiero indicar dos de mis temas de goce" ambos destacados por Lacan (Cf. Lacan 1957-58, 266-67; 1958-59, 514), uno de ellos, se trataba de la metamorfosis de *Gribouille*, quién tras arrojarse al río y dejarse llevar por la corriente, llega a orilla transformado en rama de roble, "yo testifico que ninguna página de *Aphrodite* pudo perturbar a un escolar tanto como esa metamorfosis de *Gribouille* en vegetal al pequeño ignorante que yo era" (Gide 1924, 61) y el otro se trata de una pieza de Madame de

Ségur, *Les diners de Mademoiselle Justine*, un pasaje en que, Justine tras ser pellizcada por el cochero deja caer una pila de platos “la destrucción me hacía desfallecer de gusto” (Ibíd.) confiesa el autor. Lacan lee estos pasajes como “formas de entre los menos humanamente constituidos del dolor de la existencia” (Lacan 1957-58, 266). Dolor de existir, que tantas veces nos hace patente en estado puro la melancolía (Cf. Lacan 1966 [62], 756), lo que lleva inexorablemente a la identificación real con el objeto *a*, reducido el sujeto al puro desecho, *Kakon* fundamental, “la sombra del objeto ha caído sobre el yo” dicta la célebre fórmula de Freud. Aunque como señala Colette Soler: “el dolor de existir no es patrimonio del sujeto melancólico, pues este dolor reside en el hablanteser, pues casi nunca se encuentra en estado puro sino mixto, dividido, y ello por una razón estructural concreta: el Falo, significativo del goce, que no va sin la castración, hace también las veces de significativo de la vida, y al constituir una mediación entre la falta del Otro y el ser del sujeto, alivia a éste, al menos en parte, del *pathos* de su existencia” (Soler 1989, 37).

Desde esta perspectiva el dolor de la existencia del niño Gide también anuncia el menoscabo de esta función simbólica primordial, que recae sobre el Falo, significativo del goce que lleva por premisa la castración, y es, como señala Soler, lo que permite pactar con la vida. Miller también destaca en este punto que la confrontación del niño Gide con esta madre que no simboliza su deseo en el falo deja como saldo una sustracción simbólica que recae en el falo como significativo (Miller 1990, 76). Acaso las perturbaciones que afectan a su cuerpo son testimonio de este menoscabo, por ejemplo a nivel de lo que él nomina *Schaudern* (temblor o estremecimiento) - palabra que toma prestada de su temprana lectura de Schopenhauer, pero que también resulta una palabra que designa algo de la extranjería o lo ajeno a la lengua materna (Cf. Napolitano 2005, 131)- tratándose de una angustia inefable, convulsa, que lo confina “a ser excluido de las relaciones con el semejante” (Lacan 1966 [58], 731).

La desmesura que afecta al cuerpo, la angustia que como la define Lacan en “La tercera” (1975) es el acontecimiento que surge cuando tenemos la experiencia de reducirnos a nuestro cuerpo de goce son signos inequívocos de una infancia, como dice Jacques Alain Miller destinada a la mortificación (Miller 1990, 59). Esta falla en la función fálica que permite al sujeto identificarse con su ser de viviente es por el contrario lo que deja a Gide identificado a su ser de muerte (Ibíd., 62).

Lacan ubica en el triángulo simbólico del esquema que viene construyendo en el *Seminario 5* (Cf. Lacan 1957-58, 265), Madre- Padre - Niño deseado (luego lugar del Ideal del yo), que define la posición del sujeto, su identificación al falo imaginario tan importante para el desarrollo psicológico del sujeto, el fracaso de la función simbólica del Ideal del yo, que se desarrolla por la progresión a partir del yo en el lugar simbólico del Niño deseado tal como vemos de forma acabada en el esquema R de Lacan (Cf. Lacan 1966 [1957-58], 534). De la perturbación en la égida del yo se desprende la falla a nivel del Ideal como función simbólica; y la falla en la construcción de una realidad que ofrezca, aunque sea bajo el abrigo de una estructura de ficción, sentido a su existencia.

La marca de un deseo

Sin meterme en los fascinantes recovecos de las vicisitudes edípicas de André Gide trazo un breve mapa de la novela que lo constituyó como sujeto deseante: Una madre cuyo amor ha revestido la forma de un deber de protección hacia André, pero que su presunta homosexualidad latente [la de la madre] ha obstaculizado la falicización del niño y por tanto la ausencia de un deseo que, en términos fálicos, lo venga a alojar, dejando un efecto de mortificación cuyas marcas se pueden rastrear, como hemos visto, durante toda su infancia. Un padre que no ha desempeñado ningún papel significativo, que no se le ha conocido gestos de amor hacia ninguna mujer. Si el padre, tal como lo describe Lacan en *RSI*, es aquel que hace de su mujer la causa de su deseo, nada más lejos que su padre, cuya mujer le escribe a André, poco antes de morir “tu padre jamás me hizo ni la sombra de un cumplido” (Citado por Millot 1996, 23). Dejándolo así al niño a merced de un amor materno vaciado de deseo. El padre sucumbe en un profundo sentimiento de tristeza, tras los vicios del pequeño concupiscente, hasta su muerte, cuando André tenía once años: “El niño Gide entre la muerte y el erotismo masturbatorio, del amor no tiene más que la palabra que protege y la que prohíbe; la muerte se ha llevado con su padre lo que humaniza el deseo. Por eso el deseo está confinado, para él, a la clandestinidad” (Lacan 1966 [58], 732).

Y he aquí el papel capital de su segunda madre, la del deseo: Mathilde Rondeaux, la tía de mala fama, que le ofrece a los trece años una tentativa de seducción -frente a un espejo (Cf. Millot 1996, 28)- proporcionándole las únicas marcas de un deseo que, aunque en forma traumática por la falta de mediación, lo ha provisto de una falicización y encarrilado por los senderos de un deseo que perseguirá sin tregua: identificado a ésta deseará a niños que estarán envueltos de ese recubrimiento fálico que no pudo dejar de notar sobre sí, durante las caricias que le propinaba, en la imagen invertida que le devolvía el espejo.

Como ya hemos desarrollado en su temprana infancia el goce masturbatorio del pequeño André, tal como lo describe en sus memorias estaba fijado a escenas de fragmentación, descomposición y deshumanización como la transformación de *Garabato* luego de ser arrastrado por la corriente de un río en una rama de roble. Como dice Lacan el padre de Gide se llevó con su muerte lo que humaniza el deseo, es decir lo que le da constitución humana, que sólo lo logrará tras la seducción de su tía, aunque vale advertir que muchos años después, en las figuras de esos niños en los que se reflejaba. En la misma época que la seducción de su tía, el encuentro que lo fijará a su primer y único amor, la hija de Mathilde, Madeleine, y que le posibilitará a partir de la identificación con ella, recuperar “sentido y constitución humana” nos dice Lacan. Madeleine, prima dos años mayor que él, con quién consumará matrimonio a los veinticinco años, poco tiempo después de la muerte de su madre, será la brújula de su vida. André tenía trece años y se encontraba hospedado en la casa de su tía Mathilde, una noche de improviso, llega a la casa y la encuentra a ella entregada a un joven amante frente a sus dos hijas. En el tercer piso de la casa, encuentra a Madeleine presa de una angustia insoportable, llorando en su alcoba, tras la situación infame en la que se encontraba su madre. “Ese instante decidió mi vida -dice Gide- hasta ese día había vagabundado al

azar, de pronto descubrí el místico oriente de mi vida” (Gide 1924, 121), refiriéndose al momento en que encuentra desgarrada a Madeleine. Desde ese momento Gide entregó gran parte de su vida a cuidar y proteger a su prima Madeleine. Madeleine fue el hilo de Ariadna para que el joven Gide encuentre la salida del desierto que habitaba, desierto que como lo describe Borges es el más perfecto de los laberintos.

Pocas veces se puede delimitar con tanta precisión, el punto de inflexión, el momento decisivo que halla una subjetividad ante una partida edípica tan funesta, cuando las contingencias de la vida y su posición frente a ellas le permitió un orden de restitución, de suplencia frente a fallas simbólicas tan primordiales. “Se salvó gracias a una hazaña, que en este caso consistió en encontrar la salida de la perversión” dice Catherine Millot respecto al Nobel escritor (Cf. Millot 1996).

Frente a la sustracción del falo significativo, como destaca Miller, lo que aparece como solución es una prevalencia de lo imaginario (Miller 1990, 77) para sostener el deseo. No obstante la prevalencia de lo imaginario en la perversión es una coordenada que Lacan no ha dejado de subrayar desde su primer seminario y que la podemos observar a todas luces en este caso.

Una perversión que no se trata tanto de desear chicos, dice Lacan, sino al niño que él fue en los brazos de su tía. A la par de la multiplicidad de estos niños deseados que son sus dobles especulares, hubo una mujer única e insustituible: Madeleine (Cf. Miller 1990); perversión que se trama en esa identificación “mortal” -califica Lacan- que reside en la fijación hacia Madeleine, que es imprescindible para orientar su vida, para sostener la base de su existencia, que funciona, tomando la tesis freudiana del objeto amoroso puede venir al lugar del Ideal del yo, como un Ideal del Yo externo, es decir no interiorizado en el sujeto por la declinación del Edipo, posibilitando este Ideal del yo que encarna su prima la apertura de un circuito que lo anuda a algo vital, un horizonte que le ofrece una tregua ante el dolor de existir.

El fracaso del Ideal del yo

Las elaboraciones de Lacan respecto a los tres tiempos del Edipo que desarrolla entre los *Seminarios 4 y 5* daban cuenta de que la perversión, que en estos seminarios es abordada especialmente a partir del fetichismo, el travestismo y la homosexualidad, quedaba detenida en ese primer tiempo lógico, en el que el sujeto se identifica al falo imaginario de la madre para arreglárselas con un deseo materno que no se puede saciar, más solo engañar, y donde el fetichismo, el travestismo y la homosexualidad se presentan como formas de engañar ese deseo al precio de quedarse fijado a él. No obstante, como destacamos antes, el caso de André Gide pone en cuestión esta perspectiva al desarrollarse en un periplo en que el joven solo alcanza esa identificación fálica en su pubertad tras la escena de seducción con su tía Mathilde. Pero además, si seguimos a la letra la curva que va tomando Lacan en el *Seminario 5*, el caso parece ser ejemplar para desplegar una nueva fórmula de la perversión que no la deja solamente sujeta a los avatares del primer tiempo del Edipo sino de un impasse que bifurca el camino en relación a la neurosis respecto al segundo y tercer tiempo.

Repasemos. El primer tiempo es aquel que podemos resumir en

función de la identificación del niño con lo que es el objeto de deseo de la madre, el falo. Como dice Lacan es cuando “la metáfora paterna actúa en sí” (Lacan 1957-58, 198). Es el padre simbólico el que opera traduciendo ese deseo de la madre.

En el segundo tiempo el padre opera como privador de la madre, es el tiempo de la interdicción paterna, aunque como destaca Lacan, lo decisivo no es tanto el padre sino el lugar que la madre le hace a la palabra del padre en tanto ley. Aquí es el padre imaginario, todopoderoso y terrorífico el que opera. Donde la privación no es del niño sino de la madre, a quien en todo caso le dice no reintegrarás tu propio producto. En el fracaso de este tiempo es donde podemos encontrar las más de las veces las coordenadas que condujeron a la homosexualidad masculina, en la medida en como destaca Lacan se estructuran profundamente en relación con la madre más que con el padre en un Edipo invertido. Frecuentemente nos encontramos en nuestra experiencia clínica con el lugar predominante que tuvo y tiene la madre para el sujeto “la relación perpetua y profunda con la madre” (Ibid., 214) dice Lacan, en detrimento de la ley del padre. Donde en lugar del padre, es la madre quien dicta la ley al padre.

Esto quiere decir, muy precisamente, que cuando la intervención interdictiva del padre hubiera debido introducir al sujeto en la fase de su relación con el objeto del deseo de la madre, y cortar de raíz para él toda posibilidad de identificarse con el falo, el sujeto encuentra por el contrario en la estructura de la madre el sostén, el refuerzo, por cuya causa esta crisis no tiene lugar (Ibid., 214).

Desmarcándose de los psicoanalistas de su época cuyos comentarios se detenían en este segundo tiempo, cuya referencia es el padre omnipotente que dice ¡No!, como muy bien lo destaca Jacques-Alain Miller en su lectura de este seminario (Cf. Miller 1998), la novedad que introduce Lacan es poner el acento, no en el padre que priva, sino, luego de que interviniera el padre que priva imaginariamente a la madre, en el tercer tiempo, se pone en juego el padre permisivo y donador, el padre que tiene un don para dar, es el padre que dice ¡Sí! El tercer tiempo entonces es el que interviene el padre real y potente, como aquel que tiene el falo como objeto de deseo de la madre y el niño se identifica con el padre en tanto poseedor del falo. Esta es la salida del Edipo en la que se produce la identificación con el padre en tanto lo tiene. La declinación del Edipo se produce por la interiorización del padre, es la identificación con el padre heredera del Complejo de Edipo que se llama Ideal del yo (Cf. Lacan 1957-58, 200). Como dice Lacan “el papel que desempeña aquí la metáfora paterna es ciertamente el que podríamos esperar de una metáfora -conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría del significante, está ahí en reserva y su significación se desarrollará más tarde” (Ibid., 2001). Tal como lo destaca Miller en todo este Seminario hay un movimiento que va de la imagen al significante (Cf. Miller 1998). “La institución de algo perteneciente a la categoría del significante” es el devenir del yo imaginario a la institución del Ideal del yo, la identificación con las insignias del Otro, lo que le da un sustrato significativo al yo, en este sentido, hay, como lo subraya Miller, una significantización del yo (Cf. Miller 1998, 92), un pasaje del yo imaginario al yo significativo que es lo que se llama Ideal del yo.

Este desplazamiento que va de lo imaginario al significativo es el

movimiento que podemos leer en función de los avatares que van del primer tiempo del Edipo hasta la salida del mismo en el tercer tiempo. Donde no solo el devenir significativo del yo culmina en la identificación que es el Ideal del yo, sino también el falo como objeto imaginario, se vuelve significativo, los elementos imaginarios pasan a funcionar como significantes posibilitándole al sujeto una relación más estable con los objetos y con la realidad.

Este punto es central para entender la clínica de la perversión porque si bien la experiencia más cercana con la perversión nos confronta con la prevalencia de lo imaginario en este tipo de casos, la construcción de los tres tiempos del Edipo de Lacan que es también el pasaje que se va construyendo de los elementos imaginarios a los elementos simbólicos en el sujeto, da cuenta en las distintas perversiones del impasse e incluso del fracaso de esta simbolización para la organización de la realidad subjetiva y de cómo la perversión queda suspendida en su relación con los objetos a formas predominantemente imaginarias. En consecuencia la preponderante dependencia de lo imaginario en la perversión para orientarse con los objetos de la realidad la deja sujeta a la precariedad de una escena que está siempre a punto de derrumbarse (Cf. Lacan 1953-54, 322).

La suplencia del Ideal en Gide y su precariedad

Ahora bien, volviendo al caso Gide, este caso nos muestra con total sutileza el fracaso de la identificación con el padre que culmina en el Ideal del yo y lo que parece ser una nueva coordenada para comprender la perversión y la prevalencia de lo imaginario en este tipo clínico. Retomando el esquema de cuatro vértices que comporta la triada simbólica M, P, N (niño deseado), éste último que es el lugar que a partir de la progresión del yo imaginario se produce el Ideal del yo como instancia simbólica tal como aparece ya en el esquema R, Lacan nos dice que es en ese mismo lugar donde se produce lo que en un caso llamamos Ideal del yo y en el otro perversión (Cf. Lacan 1957-58, 268). Pues es el fracaso de la constitución del Ideal del yo lo que deja a Gide suspendido y fijado a relaciones predominantemente imaginarias con los objetos de deseo, esos niños que le devuelven la imagen de él en los brazos de su tía, o teniendo que buscar su Ideal del yo afuera, en Madelaine, en una dependencia que Lacan no vacila en calificar de mortal.

La dependencia de Gide hacia Madeleine cobra la forma de un amor cristalizado, una reedición de la protección maternal sobre el niño Gide, de modo que es una amor desligado del deseo, tal como lo muestran varios pasajes de su obra: Bajo la máscara de André Walter pronunció; “No te deseo. Tu cuerpo me molesta y las posesión carnal me horroriza (...) No seremos verdaderos amantes, mi querida” (citado de Millot 1996, 51) escribió en su *Journal* en 1891 como un presagio de su vida marital. Mientras que los jóvenes se constituían como partenaires sobre quienes recae el deseo.

Esta relación de dependencia hacia Madeleine estaba sostenida de la correspondencia que unía desde su adolescencia a Gide con su mujer, y que tenía todo el valor para él, “ese doble de sí mismo que eran sus cartas, por lo cual las llama su hijo” (Lacan 1966 [1958], 741), donde se expone el valor fetichizado de esa correspondencia que era el corazón de su ser, tal como lo señala Lacan. Pues sabemos del final fatídico de esa correspondencia, el acto de quemarlas,

consagró a Madeleine a título de una verdadera mujer junto a Medea (Cf. Lacan 1966 [1958], 740), tras descubrir algo más que un *affaire* entre su esposo y otro joven, Marc Allégret. Esto constituyó una pérdida irreparable para Gide, esa correspondencia que era el fundamento de su ser y que como advierte Lacan iba destinada a la posteridad, a ser reunidas bajo el título de unas Obras completas y que constituía el corazón, el tesoro más valioso de su obra, al mismo tiempo que sostenía el lazo con ese Otro que era Madeleine capital para orientar su vida, se vio destruido, devastado “enterarse de su desaparición fue -dijo él- dejar de vivir” lo cita Millot (Millot 1996, 75). Tardó mucho tiempo en recuperarse de la pérdida de esas *lettres*, que dejaron un desolador lugar vacío en el deseo y donde se puede observar el filo mortal que tenía para él la dependencia del Ideal del yo en Madeleine.

BIBLIOGRAFÍA

- Gide, A. (1924). *Si la semilla no muere*. Losada, Buenos Aires, 2002.
- Lacan, J. (1953-54). *El Seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós. Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1956-57). *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*. Paidós. Buenos Aires, 2007.
- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1966 [58]). “Juventud de Gide, o la letra y el deseo” En *Escritos 2. Siglo XXI*. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1966 [57-58]). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos 2. Siglo XXI*. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1966 [62]). “Kant con Sade” En *Escritos 2. Siglo XXI*. Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1974-75). *El Seminario. Libro 22: R.S.I.* Inédito.
- Miller, J.-A. (1990). *Acerca del Gide de Lacan*. Malentendido, No. 7, Buenos Aires, 1990.
- Miller, J.-A. (1998). *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*. Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Millot, C. (1996). *Gide - Genet - Mishima. La inteligencia de la perversión*. Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Napolitano, G. (2005). “El caso Gide: una solución particular en el marco de las relaciones estructura-desarrollo”. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Año 2005, Buenos Aires, 2005.
- Soler, C. (1989). “Pérdida y culpa en la melancolía”. En *Estudios sobre las psicosis*. Manantial, Buenos Aires, 1991.